

*Tiempo.* Doctrinarios convencidos, aquellos hombres mostraron que los elementos más vivaces del partido conservador tendían á cristalizarse y á tomar forma regular, no ya en torno de la idea centralista, que para ellos había resultado deficiente, puesto que todos los conatos reformistas habían cabido dentro de ella, sino de la idea monarquista, que ellos mismos habían ayudado á matar en Iturbide, que resucitó con el valiente folleto de Gutiérrez Estrada y que iba á demostrar, quince años después, todo lo que encerraba de profundamente estéril, inaplicable y antipatriótico, cuando se realizase con el apoyo de la primera nación militar del mundo. El peligro americano era el generador del programa de una monarquía con un príncipe extranjero. ¿Qué iba á traer de fuerza un príncipe extranjero al trabajo de Sísifo de la organización del país? ¿Qué iba á ser sino un nuevo agente perturbador, añadido á los otros y más eficaz que ninguno para la discordia y para el mal? Si el príncipe venía solo, ¿qué sería de la monarquía? Si con un ejército extranjero, ¿qué sería de la independencia? Pero todo era un sueño, que el día que pasó á los hechos fué una espantosa pesadilla.

La convocatoria para el Constituyente es un documento singular, obra del señor Alaman; dividía al pueblo elector, muy restringido, en clases, y señalaba á cada clase una representación proporcional; era la segunda vez que la oligarquía procuraba darse una forma constitucional, que podía ser más ó menos aceptable en teoría, pero que, para la mayoría de la nación política, que en su amor puramente verbal á las ideas democráticas denunciaba la génesis latina de su espíritu, era un insigne atentado, era la constitución de una aristocracia preparatoria de la monarquía, y esto era efectivamente; era la eterna asamblea de notables, con que todas las revueltas militares procuraban sancionar sus triunfos y la ambición de sus caudillos, convertida en permanente por el voto de la clase media. La protesta fué imponente; la prensa, pronto perseguida, y los hombres más importantes del partido liberal, pronto amordazados, encarcelados ó desterrados, levantaron la voz y no hubo un solo pueblo de la República en que su eco no repercutiera; el gobierno se creyó obligado á declarar ostensiblemente su adhesión al credo republicano.

La guerra, entretanto, existía de hecho; las hostilidades, sin embargo, no habían comenzado. A pesar de que á fuerza de moralidad pecuniaria y de deseo de reparar su falta irreparable, Paredes allegaba recursos y enviaba lentamente auxilios á la frontera, nunca pudieron los jefes mexicanos superar considerablemente en número á las fuerzas americanas, para balancear la superioridad de armamento que tenían sobre nosotros. En los comienzos de Mayo, Arista, general en jefe mexicano, resolvió arrojar al invasor del territorio de Tamaulipas al de Texas, obligándolo á repasar el Nueces. Cruzó el Bravo con fuerzas iguales á las del enemigo y, en dos días consecutivos, libró sendos combates, que lo forzaron á retroceder en derrota á Matamoros, á desocupar esta plaza y á concentrarse en Linares. La falta de un estado mayor competente, la impericia de Arista y la artillería norte-americana causaron tamaño desastre.

Claro es que se necesitaba, como en los momentos de supremo peligro para la patria, un hombre ó un grupo de hombres que se adueñaran del timón de la nave que zozobraba; claro es que no era Paredes, general de pacotilla, claro que los pusilánimes burgueses que formaban el Congreso no eran los convencionales de la Revolución francesa; faltaban el Cónsul y el Senado.

Al saber la noticia de los combates de Mayo, el presidente norte-americano, Polk, declaró con un cinismo, acaso único en la historia, que la guerra era un hecho por haber los mexicanos invadido el territorio de Texas, y que era preciso proseguirla hasta obtener la paz; el gobierno mexicano hizo la declaración formal de guerra en Junio, apoyándola con tanta moderación y cordura en la justicia, que no hubo una sola conciencia honrada en los Estados Unidos y en Europa que no nos concediera la razón.

En el país, espantado al saber nuestras derrotas, rugía la tormenta. La revolución estalló en Guadalajara, esto era fatal, y llamó á Santa Anna, esto era fatal también, era el hombre visible por excelencia; el pueblo tenía en él, en cuanto se alejaba, una vaga confianza de que podía hacer milagros; era el hombre de las crisis, era nuestro *deus ex machina*, era un salvador que nunca salvó nada. ¿Qué hacer? Paredes necesitaba reservar fuerzas suficientes para combatir la revolución y necesitaba enviarlas todas al Norte; mandaba algunas trabajosamente, mal provistas, mal armadas rumbo á San



Querétaro. — Patio del palacio del Gobierno

Luis Potosí; una de estas brigadas, á punto de ponerse en marcha, se pronunció por la federación y por Santa Anna; el gobierno de Paredes, su Congreso, sus monarquistas, desaparecieron como por ensalmo; no debieron haber aparecido nunca.

La nueva revuelta militar se presentó como una reacción contra el monarquismo, y mientras llegaba Santa Anna, que estaba al tanto de lo que iba á pasar, y al primer aviso se puso en camino con el general Almonte, ardiente republicano entonces, y el insigne estadista yucateco Rejón, el general Salas, el pronunciado de la Ciudadela, convocó un congreso y declaró provisionalmente vigente la Constitución del 24; suprimió en consecuencia las asambleas departamentales y, en prenda de su adhesión al federalismo neto, colocó al frente del ministerio al jefe del partido reformista D. Valentín Gómez Farías.



Llegó Santa Anna; los americanos con profundo maquiavelismo lo dejaron pasar, como quien arroja un proyectil incendiario en el campo enemigo. Iba á terminar el mes de Agosto de 1846; ¿qué traía este hombre, en quien las masas populares, que frecuentemente lo habían vilipendiado y arrastrado sus estatuas y enlodado sus trofeos, se empeñaban en ver un Mesías? ¿Qué traía este defraudador de todas las esperanzas, este defensor de todas las causas que sirvieron á su avidez y á su ambición, qué traía á aquella situación desesperada, á aquel ejército de antemano vencido por la desnudez y el hambre, sin confianza en sus oficiales y sin fe en el triunfo? Traía una intención: la de ser, rescatando todas sus faltas, un soldado, nada más que un soldado de la patria. Por desgracia, ese soldado jamás pudo ser un general, é iba á ser el generalísimo.

Más de medio millón de pesos había dejado en caja Paredes, y cuando llegó Santa Anna se habían gastado ya, lo que debió causarle profundo disgusto. Pero en esos momentos sólo se ocupó en aglomerar fuerzas en San Luis Potosí, para marchar en auxilio de Monterrey; con tres mil hombres y haberes para ocho días salió, por fin, el que hasta entonces no era más que el jefe de la revolución; no había sido otra cosa toda su vida. Dejó á México entregado á la agitación electoral; los elementos exaltados, protegidos por las autoridades, impidieron, según parece, la intervención de la parte moderada de la sociedad y *ad terrorem* se adueñaron del voto público; los mismos periódicos liberales deploraron esto; la hora de los hombres de acción había llegado, y el partido reformista se apresaba á asestar al clero el golpe decisivo.

Santa Anna supo, no bien hubo emprendido su marcha, que Monterrey había capitulado y que la división de Ampudia, con los honores de la guerra, se concentraba en el Saltillo. La imprevisión de costumbre dominó en este nuevo y sangriento episodio de la guerra; el soldado se había batido bien, algunos oficiales se distinguieron heroicamente de un lado y otro; la superioridad del estado mayor y de la artillería enemiga habíase manifestado una vez más. Así sería hasta el fin.

Santa Anna desplegó inmensa actividad en San Luis; pedía dinero sin cesar, lo tomaba en donde lo hallaba á mano. Con la tropa que llevaba, las incesantes *letas* que en las comarcas cercanas se hacían, algunos contingentes de los Estados y los restos de la división del Norte, llegó á tener de quince á veinte mil hombres; á medida que su ejército crecía, sus exigencias tomaban proporciones gigantescas. Bloqueados nuestros puertos, paralizados la mayor parte de los Estados, perdidos los del Norte, Yucatán amenazado de tremenda catástrofe interior y ajeno casi todavía al patriotismo general, siempre pospuesto al apremiantísimo patriotismo local, separándose de nuevo y neutralizándose para no caer en poder de los americanos, un *déficit* de siete á ocho millones, la prensa clamando contra el gobierno, que no sabía hacerse con recursos, la población de México armándose y formando batallones de milicianos, adictos unos á los reformistas que gobernaban, y otros, los burgueses, resueltos á impedir las medidas sacrílegas que se proyectaban contra el clero, que bajo la presión del miedo, más quizás que del patriotismo, se deshacía sollozando de pequeñas fracciones de su fortuna, tal era la situación en lo que de más aparente tenía.

Reunióse el Congreso; su mayoría era de reformistas, pero escasa; de los noventa diputados que tomaban parte en las deliberaciones, cerca de la mitad se mostraban dispuestos á oponerse á las miras de los reformistas; todos eran liberales, sin embargo; en

la minoría figuraban oradores eminentes, como Gómez Pedraza y Otero. En los últimos días del 46 fueron nombrados, para presidente, Santa Anna, y para vice-presidente, Gómez Farías; reaparecía la dualidad de los días aciagos para el clero y para la masa social, que liberal ó reactiva, reputaba como una institución intangible el poder económico de la Iglesia.

Gómez Farías y los innovadores se habían puesto en pleno acuerdo con Santa Anna, el ardiente reformista yucateco Rejón había sido el intermediario; se trataba de disponer de los bienes de manos muertas, administrados por el clero, ya para proporcionarse recur-



Panorama de Guadalajara  
(De fotografía de Briquet)

sos directos, vendiéndolos hasta obtener quince millones de pesos, ya hipotecándolos como garantía de un empréstito. La medida era grave por extremo, mas nadie ponía en duda el derecho que tenía el gobierno para decretarla; la doctrina regalista no tenía disidentes en las filas del partido liberal; repitámosla reducida á breves fórmulas: los bienes del clero no eran de propiedad particular, sino corporativa; estaban, pues, sometidos á condiciones especiales que el Estado tenía derecho de dictar; los bienes del clero eran invendibles (manos muertas), no entraban directamente en la circulación; estaban, pues, en condiciones económicas que el Estado podía modificar ó transformar en provecho de la comunidad; los bienes del clero se habían formado con donaciones, ó recibidas del soberano, ó con su permiso; todo ello era muy revocable. Siempre habían hecho los gobiernos uso de este derecho, siempre los monarcas españoles mantuvieron incólumes sus prerrogativas sobre este punto;



cuando el muy católico Don Carlos III confiscó todos los bienes de los jesuitas en sus dominios, nadie dudó del derecho; su aplicación fué la discutida.

Los reformistas tenían un fin político, un fin social, un fin nacional: consideraban la influencia del clero como perniciosa, porque era su derecho y casi su deber mantener á las clases en el *statu quo*, que tan favorable les era, y el *statu quo* significaba la superstición religiosa abajo y el pavor de toda innovación arriba; consideraban, como profundamente igualitaristas que eran, que los privilegios eclesiásticos constituían el obstáculo principal al advenimiento de una democracia, y creían que mientras el clero fuese una potencia financiera de primer orden, no habría modo de despojarlo de su privilegio, de *sus fueros*. Y este era el fin político. El punto de vista social resultaba idéntico al económico: mientras la gran masa de la riqueza territorial (las manos muertas) no entrase en circulación, la fortuna pública no podía crecer, el grupo social no podía cambiar de suerte; gobiernos y particulares hacían el papel de parásitos de la Iglesia y todo progreso social resultaría imposible. Y el fin nacional era financiero, era la vida del día siguiente, era el ejército organizado y en movimiento, era la defensa, era la salvación de la patria; los agiotistas no prestaban, esperaban que la hacienda moribunda necesitase un peso para venderse en cien; el clero no prestaba sino cantidades que servían para el día siguiente apenas; los impuestos, el de rentas ó inquilinatos, que acababa de decretarse, no rendían nada, no había modo en el estado del país de llevar á cabo una exacción sistemática. Era, pues, preciso tomar de golpe todo el dinero que se necesitara para un año; no había otro tesoro que el eclesiástico.

En el Congreso la oposición estaba dirigida por *los moderados*, de quienes ya se había hecho un hábito distinguir á los liberales exaltados, bautizándolos con el nombre de rojos, ó intransigentes, ó puros; *los puros* les llamaba el pueblo. Los moderados estaban de acuerdo con los puros respecto á desarmar á la Iglesia de sus privilegios y riquezas territoriales; pero unos, los liberales de doctrina, no creían que la desamortización pudiera hacerse sin indemnización, y por consiguiente, sin transacción. A lo que los puros replicaban: jamás consentirá la Iglesia sino cuando los hechos estén consumados; siempre lo ha hecho así; y todos, aun los que no creían necesaria la indemnización, opinaban por aplazar la medida: en aquellos momentos era inútil, nadie compraría, y además era eminentemente perjudicial, porque el partido reformista no tenía la fuerza suficiente para imponerse y vendría indefectiblemente la guerra civil. Los reformistas sí creían poderse imponer, porque contaban con Santa Anna; y sí creían poder obtener recursos, porque comenzarían á regalar casi los bienes desamortizados y el clero mismo los rescataría. Se dió, pues, el decreto (Enero de 1847), los ministros se previnieron á luchar contra los clericales; aquí y allí comenzaron á estallar protestas en forma de pronunciamientos; unas legislaturas apoyaron, otras no, y se negaron á promulgar la ley; las plebes, azuzadas por los frailes de baja estofa, gritaban por las calles de las principales ciudades «viva la religión y mueran los puros;» la alarma era espantosa.

Nadie se presentó á adquirir lo que el gobierno vendía; era demasiado precaria la oferta para provocar demanda. Y Santa Anna pedía, pedía siempre; llegó á tal grado su exasperación ante los ataques de la prensa, que, por un lado, criticaba furiosamente la nueva ley, y por otro, achacaba su inacción al general en jefe, que decidió salir al encuentro del ejército americano, al través de un espantoso desierto, sin tiendas ni provisiones suficientes,

sin haber formado en sus hombres los rudimentos del soldado. Con diez y ocho mil hombres desfiló por las interminables etapas de aquel país de la desolación y de la sed, rumbo al Saltillo (Febrero de 1847), y cuando entró en contacto con el enemigo estaba vencido; había perdido cuatro mil hombres en su batalla de veinte días con el Desierto. El enemigo había escogido un admirable punto de defensa (la Angostura), y en él sostuvo dos asaltos formidables; si hubiese habido un general al frente del ejército mexicano y no un oficial, que, aunque muy valiente, era muy vanidoso, inquieto ó ignorante, el ataque habría sido concertado y no incoherente y sin plan fijo como fué, y Taylor se habría retirado al Saltillo. El soldado mexicano demostró en esta terrible lucha todas sus cualidades; era un soldado que se batía sin comer, que olvidaba el cansancio combatiendo, que con la pólvora mascaba á un tiempo el entusiasmo y el valor; pero sometido á súbitas depresiones, como todos los mal nutridos, á pánicos, como todos los nerviosos, y que cuando pierde la confianza en su oficial ó en su jefe, se va, deserta, recuerda que ha sido secuestrado por la leva y educado por la vara, y huye.

Santa Anna era como él; Santa Anna personificaba todos los defectos mexicanos y alguna de las cualidades: el desprecio personal á la muerte. Deprimido por la lucha, la abandonó antes del momento supremo y

retrocedió al desierto, en donde la enfermedad, la desnudez, el hambre y la deserción libraron el postrer combate con aquella columna ensangrentada y famélica que desfilaba bajo un cielo implacable, entre una perpetua tromba de polvo que la quemaba y que la devoró casi. Santa Anna huía de la victoria probable con rumbo á la derrota cierta. Huía hacia México, en donde su poder peligraba y á donde se había hecho prececer, irrisión suprema, por un boletín de victoria; cierto, no lo había vencido el enemigo; se había vencido á sí mismo.

Era precisamente lo que hacía en esos momentos México. A fines de Febrero, por los días en que fracasaba el ejército nacional en la Angostura, la situación, que parecía no poder ser peor, había empeorado: un nuevo ejército norte-americano se había hecho dueño de Tampico, de antemano abandonado, y desembarcaba en las costas veracruzanas; el movi-



El general Scott